

Bibliografía

IDEOLOGIA Y COMUNICACION CIENTIFICA

Michael Mulkay, *Science and the Sociology of Knowledge*, George Allen & Unwin, Londres, 1979, 132 páginas.

El conocimiento científico está atrapado por varias paradojas y tensiones. Una de ellas se refiere al nexo entre el observador y lo observado. Hasta hace algunas décadas se aceptaba casi sin protesta¹ que la relación era relativamente pasiva por el lado del primero; la “realidad” constituía en cambio la fuente caudalosa de datos e inducciones felices. Se trataba de una visión ingenuamente baconiana de la ciencia; se pretendía construirla con base en los rasgos intrínsecos, inmanentes del material observado. Así, toda interpretación cognoscitiva representaba un reflejo más o menos leal de esa presunta realidad.

Esta visión de la ciencia se ha alterado profundamente en los tiempos recientes. A esa mudanza perceptiva han contribuido sociólogos, epistemólogos y físicos en grado considerable. Los primeros, por ejemplo, siguiendo ideas de Marx, Durkheim y Mannheim, colocaron el acento en la influencia del *contexto* del observador en la índole de lo observado; la relación entre el “operador” y la operación se volvió de este modo activa e histórica. El punto de vista —más que lo visto— adquirió relieve perceptible; y la visión del científico dependió a su vez bien de la posición de clase, bien de la ubicación generacional.

Casi ignorando esta corriente de opinión, los epistemólogos le añadieron peso. Hanson, por ejemplo, dijo en 1960 que las así llamadas “leyes de la naturaleza” representan una sobrevivencia antropocéntrica que la revolución copernicana no pudo dismantelar (véanse las pp. 27 y ss. de esta obra). Son leyes *desde el ángulo del hombre y de la tierra*. La ley de la gravitación no se aplica en Marte.

Este señalamiento de Hanson (que tiene antecedente intelectual en el físico francés Duhem) hace también hincapié en el contexto y en la índole posicional del observador; desde este punto de vista guarda afinidad lógica —al menos a mi juicio— con el principio de Gödel propuesto en 1931: en un conjunto suficientemente amplio de sistemas lógicos existen axiomas que pueden demostrarse y *no* demostrarse. Este principio de falibilidad —que para el matemático Ulam constituye el hallazgo más importante en el siglo XX— quebranta la simplicidad del cientismo.

1. Véase, por ejemplo, el ensayo sobre “ciencia” que aparece en la clásica *Enciclopedia of the Social Sciences*, editada por E.A. Seligman y A. Johnson, Macmillan, Nueva York, 1937, vols. XIII y XIV.

Finalmente, los físicos han hecho aportes en la misma dirección. Como se sabe, la conducta dinámica del átomo es afectada por el observador. De aquí que éste no es una entidad neutra, expectante y meramente perceptora, como la visión baconiana nos induce a pensar.

Esta obra de Mulkay pretende encarar las cuestiones hasta ahora insinuadas. ¿Es afectado el contenido científico por factores que le son externos? ¿Cuál es la naturaleza de estos factores? Si en verdad gravitan, ¿puede existir una verdad *absoluta*?² ¿Tiene este nexo validez en todas las disciplinas, desde las matemáticas hasta la sociología? Y si el contexto influye en el contenido de la ciencia, ¿cuál es el dominio de elección del investigador? y, lo que es más interesante todavía: ¿cómo es posible la comunicación científica entre personajes que se mueven en contextos desiguales?

Mulkay pertenece a la escuela británica de la sociología de la ciencia. Con fundamento refuta el esquema mertoniano acerca de la objetividad y de la certificación universal del saber científico. Insiste en que toda investigación depende del marco teórico que la preside (p. 34), y éste, a su vez, es función de los recursos cognoscitivos y de la posición social del investigador. La indagación es por tanto siempre parcial: es una representación acotada y finita de un conjunto infinito de datos (y puntos de vista) posibles (p. 54). No existen criterios universales ni absolutos para normar el trabajo científico (p. 60); y la aceptación de una teoría pertenece por fuerza a un grupo o a un momento histórico que reconocen límites cognoscitivos (p. 91).

Mulkay introduce en este razonamiento la idea de “negociación” (p. 95). El científico emprende “transacciones” con la realidad y con sus colegas, transacciones que revisten un carácter dinámico (p. 119) al compás de nuevos contextos y hallazgos.

La crítica de Mulkay tanto a la visión baconiana como a la mertoniana parece correcta. Al menos, es provocativa. Enmienda sin duda la fe ingenua en el empiricismo, el objetivismo y la universalidad. Más aún, introduce nociones derivadas del marxismo, del positivismo lógico y de la pluralidad de modelos para el quehacer científico que ponen en jaque el carácter *cuasi* religioso, ecuménico y enteramente

2. Es interesante señalar que la literatura soviética sobre el tema, a pesar de aceptar la relación activa entre el investigador y la materia estudiada, postula *simultáneamente* la posibilidad de una verdad absoluta. Al respecto véase, por ejemplo, Y. Sheinin, *Science Policy: Problems and Trends*, Progress Publishers, Moscú, 1978, p. 10. Cabe agregar que esta obra es una de las más lúcidas que se ha publicado en la URSS recientemente en torno a la política y la economía de la ciencia.

endógeno que se pretende estampar al conocimiento científico. Sin embargo, Mulkay incurre en un *relativismo no menos universal*, pues pretende aplicarlo indiscriminadamente a todas las etapas del trabajo científico.

Ciertamente, el contexto del observador influye en la selección y percepción de la realidad. ¿Pero de qué contexto se habla? ¿Clase, generación, sistema nacional, teoría, neurosis personal...? Falta aquí una clasificación jerarquizada de factores exógenos que afectan al investigador. Por añadidura, el contexto (cualquiera que sea) no gravita necesariamente en el contenido ni en la validez lógica del método científico. Si así fuera, cabría negar la reproducibilidad del experimento científico, la legitimidad del estudio comparativo y la posibilidad de una juiciosa comunicación entre especialistas. Mulkay no va tan lejos: percibe que esta negación es ridícula. Pero su razonamiento, hilvanado por mentes menos hábiles, podría conducir a ella.

Finalmente, una cosa es afirmar la *historicidad* de la ciencia y del investigador, es decir, las fronteras que les impone una época, una clase, un país o una organización,³ y otra cosa muy diferente es postular que esta historicidad quiebra el principio epistemológico y probabilístico de la evidencia científica. Esta obedece a una dinámica interna que preside el juego científico y gobierna a sus participantes, independientemente del “público” que los contempla. Si no fuera así, no sólo la propia comunicación científica estaría en apremio. Acontecería algo más impresionante: la ciencia, que tuvo origen en las transformaciones religiosas de Europa, se convertiría en fuente de un misticismo primitivo. No habría aquí una “dialéctica ascendente”, sino una bárbara reacción.

A pesar de que Mulkay ignora estos asuntos, el libro merece detenido examen. Inspira y provoca tanto a los epistemólogos como a los científicos sociales, poniendo en un nuevo tapiz las complejas relaciones entre ciencia, valores y sociedad. *Joseph Hodara*.

3. En esta dirección camina cualquier historiador de la ciencia, independientemente de las premisas ideológicas y metodológicas que lo guían. Véanse, por ejemplo, dos biografías recientes de Newton, comentadas por el *London Review of Books*, septiembre 4-17 de 1980.

REFORMISMO Y CONCILIACION DE CLASES: LOS ORIGENES DE LA “SUIZA DE AMERICA”

José P. Barrán y Benjamín Nahum, *El Uruguay del Novecientos*; t. I: *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1979, 278 páginas.

Los autores, dos jóvenes historiadores uruguayos, formados —en lo principal— en la etapa de crisis de Uruguay, tienen el mérito de abordar, tanto antes como en la obra que comentamos, los temas principales del desarrollo histórico de ese país.

En efecto, el estudio que publicaron en 1964 sobre la Revolución Artiguista¹ —la etapa más revolucionaria, pura y

1. Barrán y Nahum, *Bases económicas de la Revolución Artiguista*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1964.

auténtica de la primera independencia del Virreinato del Río de la Plata— fue también importante por cuanto divulgó los aspectos cardinales del artiguismo, recogiendo, además, las más recientes investigaciones y estudios historiográficos.

En 1967 comenzaron a aparecer los tomos de su *Historia rural del Uruguay moderno*,² imprescindible estudio de investigación y, obviamente, básico para *El Uruguay del Novecientos*. Asimismo, para la mejor comprensión de esta obra nos interesa recordar un pequeño trabajo de Barrán: “Latorre y el Estado uruguayo”,³ de obligada referencia posterior.

La estructura general de la obra, que se anuncia en cuatro tomos, de los cuales el primero es objeto de esta nota, revela un planteamiento totalizador del proyecto de trabajo.

El tomo I trata del “escenario”. El II de la primera presidencia de J. Batlle y de la de J.C. William, en las que se manifiestan las tensiones de las dos fuerzas principales de aquel Uruguay: los grandes estancieros y el Imperio británico. En el tomo III se abordará la segunda presidencia de Batlle, es decir, el “impulso” (al decir de Carlos Real de Azúa). Finalmente, en el IV se estudian las derrotas, los compromisos y el “freno”, que “mellaron las aristas más agudas del programa batllista” (p. 9).

Barrán y Nahum han reunido, con buen criterio, una importante documentación que incorporan útilmente en cada una de las tres partes de este primer tomo.

Tenemos discrepancias importantes con los autores en cuanto a la conceptualización de etapas y procesos principales del país, consecuencia de diferencias metodológicas, pero es imprescindible señalar que la *documentación* manejada es muy importante, sobre todo si se tiene en cuenta una vieja falla de parte importante de la historiografía uruguaya. Por eso nos parece muy señalable el aporte documental:

“La obra ha sido concebida en varios tomos, ante dos hechos típicos de nuestra historiografía: la enorme riqueza del material documental que existe sobre el tema, combinada con las escasas publicaciones sobre el período. La investigación en el Uruguay ha sido completada con otra sustancial en Gran Bretaña de la que es necesario dar noticia” (p. 8).

Con la inserción adecuada de tal documentación, logran los autores capítulos excelentes en los que analizan fenómenos superestructurales, imprescindibles, por cierto, para la comprensión totalizadora del tema y, al mismo tiempo, rescatan para el lector la “vida cotidiana” del 900.

Es también mérito de Barrán y Nahum utilizar dicha documentación en un marco demográfico adecuado. Más aún, teniendo en cuenta el importante peso de la demografía en el Uruguay de la época pues “el batllismo nace en una

2. Barrán y Nahum, *Historia rural del Uruguay moderno*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1967.

3. J.P. Barrán, “Latorre y el Estado uruguayo”, *Enciclopedia Uruguaya*, núm. 22, Montevideo, 1968.

revolución demográfica" (p. 8). Logran, paralelamente, brindar un contexto correcto de las relaciones interdisciplinarias.

EL CONTEXTO HISTORICO, IMPRESCINDIBLE
PARA EL "ESCENARIO" BATLLISTA

La "etapa batllista" —otros hablan de "era"—, en especial el período político (no solamente las dos presidencias de D. José Batlle y Ordóñez, 1903-1907 y 1911-1915), constituye un proceso fundamentalísimo en la formación de Uruguay como Estado nacional. (Es cierto que, para otros, durante esta etapa se profundizará la "frustración" del Estado nacional.)

Aunque los autores no plantean en el primer tomo esta problemática, el contexto obliga. Asimismo, ya veremos que incurren en un "localismo uruguayo", que les impide profundizar debidamente la situación internacional y latinoamericana en la cual, de manera obligada, se desarrolló el batllismo inicial y a la cual fue, obviamente, una respuesta.

En este sentido, queremos hacer una primera precisión para ubicar el tema, en especial para el estudioso latinoamericano, cada vez más interesado en los problemas de su Patria Grande.

Es cierto que asistimos al debilitamiento relativo del esquema neocolonial e imperial de Inglaterra, particularmente después de la primera guerra mundial, y al avance acelerado del imperialismo norteamericano. Pero debe reafirmarse que el debilitamiento transitorio de los centros hegemónicos mundiales implica, dialécticamente, un "respiro" transitorio en los pulmones cansados del Tercer Mundo. En América Latina —y debe plantearse en el contexto continental porque, aunque los autores no lo hagan explícito, importa mucho para la política (y las omisiones) del batllismo—, en aquellos países con infraestructura propicia, surgen industrias sustitutivas y nuevas ramas manufactureras. Las exportaciones se pagan más y las balanzas comerciales son favorables entre 1914-1915 y 1919-1920.

En definitiva, por más original que haya sido el batllismo (siendo todos los movimientos histórico-coyunturales creadores), es también producto de un contexto favorable. Por eso nos parece pobre la referencia hecha por los autores a Irigoyen en Argentina (véanse las pp. 223 y ss.). El paralelismo y las diferencias tenían que haberse manejado en este contexto, esta verdadera "coyuntura" al decir de Pierre Vilar, para incluir, como movimiento reformista pequeño burgués, al aprismo.

Esta omisión —señalable para el tomo I— puede arrastrar debilidades para los tomos siguientes. Como por ejemplo y nada menos, olvidarse de estudiar en profundidad cómo este reformismo latinoamericano cuadra perfectamente con el panamericanismo (es decir, el imperialismo yanqui) con el cual se ahonda cuantitativa y, lo peor, cualitativamente nuestra dependencia.

Porque si Estados Unidos permitió en algunas zonas un reformismo que le era propicio, en esos mismos años, en el área del Caribe, la intervención de los *marines* y la represión fueron la respuesta para los movimientos revolucionarios de

Nicaragua en 1912, de Haití en 1915, para acallar la resistencia popular de "les cacos", y de Santo Domingo, en 1916, para vencer la resistencia masiva encabezada por el movimiento guerrillero de los "gavilleros".

Sí, es también en este contexto que se produce el batllismo. Los autores no deben olvidarlo, y mucho menos olvidar que la obra de éste no tuvo la oposición norteamericana.

Creemos que otra *omisión introductoria* se produce con relación al militarismo (por ello la referencia inicial al trabajo sobre Latorre). Es cierto, y tienen sus razones en cuanto a la estructura de la obra, que se remiten a su *Historia rural* (p. 145) y también que en la Parte Tercera plantean, alternadamente, algunas referencias introductorias al batllismo. No obstante, para este contexto interno eran necesarias algunas consideraciones de mayor profundidad histórica, como las señaladas para el contexto internacional. De esta forma, el batllismo no "aparece" como un fenómeno ahistórico, producto exclusivo de una personalidad excepcional (que sí lo era) pero al margen del papel de los hombres en la historia. Por supuesto, los autores no quieren contribuir a este ya viejo planteo, pero algunas omisiones y errores posteriores (con relación al Estado, por ejemplo, pp. 213-269), confunden en cierta medida.

En ese sentido, es sin duda cierto que "el poder central se consolidó con el militarismo 1875/1886— y se afianzó definitivamente con Batlle" (p. 16), pero para captar tal *continuidad* el lector tiene que tener (y los autores manejar) un concepto científico del *Estado* y, paralelamente, sin omisiones, tiene que comprender cuál fue la obra del militarismo y cuáles sus razones. Así entenderá no sólo las principales limitaciones estructurales en el marco de la dependencia que, subrayemos, son las que heredó el batllismo (y a las cuales se sometió). Sí, todos pensamos en el latifundio y, por supuesto, en su entrelazamiento con el capital comercial, fenómeno esencial.

PROPIEDAD URBANA, LATIFUNDIO Y
RELACIONES DE PRODUCCION

Con respecto a este fenómeno capital en las relaciones de producción, el latifundio (que todos los movimientos *reformistas* latinoamericanos eludieron, autodeterminando su frustración, con la única excepción de Lázaro Cárdenas, continuador de 1910), debemos señalar una diferencia esencial con los autores.

Tenemos en cuenta sus advertencias en la "introducción" de la p. 145. No obstante, cuando analizan con atención precisa la vida cotidiana de la capital (centro de trabajo político principal del batllismo), los autores valoran en forma desajustada, pese a lo anunciado precedentemente, el "problema de la vivienda urbana", igualándolo de hecho con el latifundio, por la función socioeconómica que desempeña. Conocedores de la crítica —fundada, por supuesto— que ha merecido ese planteamiento, sostienen, sin embargo:

"A veces se ha criticado la versión batllista del georgismo (expuesta en 1914 por C. Vaz Ferreira en sus conferencias sobre el problema de la tierra) por sus obsesivas reflexiones

sobre el derecho individual a la 'tierra-habitación' y el olvido del derecho a la 'tierra-estancia'. Sin negar validez a este enfoque crítico, lo cierto es que Vaz Ferreira —verdadero filósofo oficial del batllismo en ese momento—, al centrar el problema de la propiedad de la tierra en el derecho de todo hombre al suelo para habitación, y dejar en las tinieblas el problema de la propiedad en el medio rural, estaba poniendo el dedo en una de las llagas de la sociedad montevideana del 900, llaga tan real y sangrante como podía serlo el latifundio en el otro extremo del país" (pp. 148-149).

Respetamos la extensión y su subrayado. Pero el latifundio no es "una" de las llagas, sino *la determinante* en la formación de una clase dominante que frustra a la burguesía nacional (por eso precisamente Batlle no toca al latifundio).

Dejando de lado la polémica sobre latifundio-caracteres feudales (o, para algunos, modo de producción feudal determinante que, por supuesto, no aceptamos) y sus nexos con el capital comercial (típico de los países dependientes), es evidéntísimo que la "igualización" con la propiedad urbana es improcedente.

El papel determinante del latifundio está en los orígenes socioeconómicos del "patriado" —término del uruguayo Real de Azúa, que los autores aceptan—⁴ en la formación de la sociedad hispanoamericana. En efecto, ya en esos orígenes, y en los repartimientos iniciales del colonialismo (en las "mercedes y denuncias"), queda claro que, teniendo ese poder latifundista, dicha clase poseía, secundariamente, las mejores fincas urbanas. Y por supuesto, en estas relaciones de producción mercantiles-latifundistas está la base de todo su poder en el resto de las relaciones de producción y en la superestructura.

El desnivel en cuanto a la incidencia económica de ambas propiedades —latifundio y bienes inmuebles urbanos— queda incluso patentizado por cuanto la mayoría de los autores ha señalado insistentemente que la limitación esencial, "la gran omisión del batllismo", es haber tomado un "camino lateral", como dice Martínez Ces con relación al latifundio.⁵ Quien mejor expresó esta "limitación" básica en todo el contexto apresurado de una llamada al pie fue Eduardo Galeano:

"El presidente uruguayo J. Batlle y Ordóñez había sido, tiempo antes, un profeta de la revolución burguesa en

América Latina. La jornada laboral de ocho horas se consagró por ley en el Uruguay antes que en Estados Unidos. La experiencia del *welfare state* de Batlle no se limitó a poner en práctica la legislación social más avanzada de su tiempo, sino que además impulsó con fuerza el desarrollo cultural y la educación de masas y nacionalizó los servicios públicos y varias actividades productivas de considerable importancia económica. Pero no tocó el poder de los dueños de la tierra, ni nacionalizó la banca ni el comercio exterior. Actualmente el Uruguay padece las consecuencias de estas omisiones, quizás inevitables, del profeta, y de las traiciones de sus herederos."⁶

Esperamos que los autores, concedores de estas "omisiones del profeta", profundicen en su análisis en los tomos posteriores. Así podrán aportar elementos importantes sobre la vinculación entre estas limitaciones internas y la debilidad de clase de la burguesía uruguaya (en este sentido parece demasiado optimista la caracterización de "revolución burguesa"), así como sobre la interrelación latifundio-banca-comercio exterior y la política exterior de Uruguay, por ejemplo, frente a las intervenciones yanquis citadas.

La *debilidad burguesa* (fenómeno cardinal, explicatorio de muchas importantes cuestiones) nos lleva de la mano al debatido problema de la *definición del batllismo*: ¿reformismo burgués? o, exagerando el optimismo, "¿revolución democrático-burguesa?" Y más importante aún: ¿está cumplida esta etapa en Uruguay?

Los autores caracterizan al batllismo como un reformismo (p. 8) que "nace del poder y no del llano", a diferencia del irigoyenismo argentino. Ese impulso reformista ("fue más lo que Batlle alarmó que lo que hizo realmente") determinó la unidad de las "clases conservadoras" y del "capitalismo británico" que "se fusionaron" (p. 9). En rigor, acotemos, el patriado oriental nació fusionado, como apéndice de penetración del colonialismo inglés, ya que la burguesía nacional nunca tuvo suficiente fuerza para tener el gobierno (y el poder, no lo olvidemos) y desarrollar, coherentemente, una política acorde con sus objetivos de clase, tanto en lo interno como en la política internacional, campo de suma importancia, sobre todo para los países dependientes.

Las conclusiones son muy buenas. Pero importa, y mucho, una aproximación a una definición clásica del batllismo y el balance de su obra. Por supuesto, sin caer en una "manía encasilladora" (y la estéril polémica consiguiente). Sin duda, esa definición ayudaría en nuestros imposterables caminos futuros. Por eso también esperamos los tomos siguientes.

Para este primer tomo quedaría otra interrogante definitiva, que los autores tampoco plantean y que correspondería a su parte tercera: ¿constituyó el batllismo un "tercer partido político" (o un intento)? Sólo un análisis totalizador de la formación socioeconómica uruguaya y de la respuesta batllista, en el encuadre de los dos partidos tradicionales, puede aclararnos el problema, a la par que recordarnos el origen del nefando vicio nacional. En dicho análisis habrán de incluirse, por ejemplo, los nuevos métodos del batllismo, como el club

6. Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, Casa de las Américas, La Habana, 1971.

4. Carlos Real de Azúa, *El patriado uruguayo*, Montevideo, 1961. Para profundizar sobre los orígenes clasistas del "patriado" y el peso decisivo del latifundio, véanse en particular los trabajos de Lucía Sala de Touron, N. de la Torre y J. Rodríguez publicados en 1967 y 1968. En general, la reciente historiografía, incluida la no marxista, ha insistido en el tema; véase Agustín Beraza, 1965 y Reyes Abadie, Bruscherá y Melogno, 1966 y 1968, entre otros.

5. Además de Martínez Ces, *El Uruguay batllista*, deben citarse: Domingo Arena, *Don Pepe Batlle*, Arca, Montevideo, 1967 (importante colaborador de Batlle, plantea la "sed de tierras"); Julio A. Louis, *Batlle y Ordóñez, apogeo y muerte de la democracia burguesa*, Nativa Libros, Montevideo, 1969; Francisco R. Pintos, *Batlle y el proceso histórico del Uruguay*, Claudio García y Cía. Editores, Montevideo; Carmen Cuevas, *El batllismo: reformismo burgués en el Uruguay*, Fac. de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana, 1978; Gerónimo de Sierra, *El batllismo: su naturaleza y su función de clase*, Instituto de Ciencias Sociales, Montevideo, 1972.

político barrial (y no del centro de trabajo...) y el uso del Estado como elemento primordial para formar una sólida burocracia adicta que, con Luis Batlle Berres (1945-1955), será un importante paliativo a la desocupación, ya en la etapa del inevitable y lógico ocaso de la era batllista. Cabe plantearse otro interrogante sobre el mismo problema: ¿fue el batllismo la mejor adaptación modernizadora del Partido Colorado a las exigencias del siglo XX, adecuándose así a los partidos tradicionales uruguayos? Recuérdese que, en el proceso dialéctico, el Partido Nacional tuvo que seguir un camino adaptativo o desaparecer y, por supuesto, logró insertarse en el esquema político, incluyendo, no olvidemos, la oposición constructiva de importantes sectores que aceleraron la modernización del país.

Zavala Muñiz, en interesante trabajo conocido en México,⁷ cita un documento clave del dirigente *colorado*, que revela su conciencia de clase “para sí” y la inteligente utilización política de una época preñada de transformaciones:

“Hay que reorganizar aceleradamente el Partido Colorado, hay que devolverle sus prestigios, reorganizar sus ejércitos. Hecho esto, y cuando nuestra actitud no pueda ser atribuida a cobardía ni debilidad, hay que invitar a nuestros viejos enemigos a deponer las armas, a compartir con nosotros los beneficios de la paz, a dirimir la casi ya secular contienda en el terreno de las leyes y entrar, así, bajo la égida del Partido Colorado, en una era de verdad institucional, de fecunda libertad y de soberbio e ilimitado progreso.”

La “ansiada y necesaria paz”, bajo la coparticipación de los dos partidos dominantes, revela la profundidad política —en función de la realidad nacional— del manejo del Estado por parte del Batlle, que nos llevará, mediante las manos “entrelazadas” de los políticos profesionales, a la famosa “Ley de Lemas” (ajustada perfectamente como tal en 1936). Este momento y sus soluciones políticas (típico entrelazamiento supraestructural) es clave para entender el papel de Estado. Esa comprensión contribuiría, creemos, a evitar en los autores los juicios finales (pp. 213-269), en los cuales el Estado aparece con una “autonomía” absoluta, independiente de las clases dominantes. (Véanse, por la importancia de la confusión, las pp. 219, 223, 231 y 266.)

LA PEQUEÑA BURGUESIA

Para la definición socioeconómica del batllismo (y sus objetivos políticos), imprecisa en este primer tomo, creemos que es capital la caracterización científica de la pequeña burguesía, en este contexto de aperturas transitorias de algunas zonas del Tercer Mundo, cuando aumenta justamente su papel político o, por lo menos, sus incidencias masivas.

Barrán y Nahum, después de manejar importante y útil documentación y de caracterizar notablemente en algunos pasajes lo que hemos llamado “la vida cotidiana”, incurren en una importante confusión metodológica. Tanto el capítulo IV de la parte II, titulado “los sectores medios”, como el desarrollo posterior, lamentablemente, ratifican la ambigüedad del título:

“No había solidaridad entre los integrantes de los sectores medios —preferimos llamarlos así y no clases— ante la ausencia casi absoluta de identidad consciente” (p. 197).

Al referirse a las clases dominantes hablarán de “clase alta” (p. 163), sin distinguir, por supuesto, la tendencia hacia una “división social del capital”. Insisten, nuevamente, aunque en forma unilateral, es decir, no sociológica, en las formas de conciencia social: “clases conservadoras” (aunque lo manejen entre comillas).

Utilizaremos el ejemplo de los “sectores medios” porque en este caso la omisión es doble. Cuestionamos no sólo la imprecisión del término, desarrollado, dicho sea de paso, por la sociología norteamericana con las limitaciones (y objetivos confusionistas) consiguientes.

En efecto, la caracterización sociológica es más importante, porque para muchos autores el batllismo fue el más fiel intérprete de la pequeña burguesía; para otros, ya exageradamente, fue “su partido”, porque ignoran el carácter policlassista de los partidos burgueses.

Hacia ello apuntan los autores cuando caracterizan “el georgismo urbano” del batllismo, clasificación que, en esta indefinición clasista, puede resultar confusa (pp. 148-149 y 190).

Así, la confusión se vincula con otros errores metodológicos. El problema central —veremos— estriba en definir a una clase por su ideología (u otra forma de conciencia social) y no por el lugar que ocupa en las relaciones de producción. Es la vieja confusión de “clase en sí” y “clase para sí”. Y esto puede llevar a diferencias mayores, por ejemplo, con el problema y la caracterización del Estado (valga la insistencia en la interrelación, por su importancia).

Porque —acotemos— la pequeña burguesía se “enroló” en el Estado batllista (conciliador de clases) y éste la alimentó políticamente por años hasta dejarla “embriagada” de su política. Su despertar, como sabemos, fue un fenómeno fundamental en la crisis actual de Uruguay. (En este sentido es cierto que el Estado “se independiza” de los sectores hegemónicos, “en forma relativa...”, aunque algunos, en su momento, creen que dicha independencia es absoluta; p. 216.)

Y en esta situación de equilibrio (engeliano, por supuesto) el papel conciliador, de “amortiguador de las contradicciones”, le cupo a la pequeña burguesía, mientras las estructuras respondieron. Carente de conciencia de “clase para sí” (pero existiendo como clase... previamente) se encogió, creyendo que el Estado era un mediador absoluto y no aparente”, capaz de conciliar lo inconciliable.

La relación del error está clara en el tomo I. Por un lado, la definición (?) de los “sectores medios” (p. 197) y, por otro, la misma imprecisión para caracterizar al Estado, lleva a los autores a concluir que la “originalidad” del sistema político uruguayo estaba en su “autonomía” (p. 215) y que este sistema político no representaba a una clase (*sic*), sólo se representaba a sí mismo.

7. Justino Zavala Muñiz, *Batlle, héroe civil*, Fondo de Cultura Económica, México.

Dadas las diferencias con los planteamientos de los autores, consideramos necesario, como en casos similares, citar ampliamente su pensamiento. Comencemos con una advertencia que no entendemos bien, y que finalmente no se aclara:

“Batlle pudo ser presidente por la originalidad del sistema político uruguayo, un sistema autónomo —no independiente, entiéndase bien— de las grandes influencias sociales que pudieron hacerse sentir en nuestro país en 1903 o 1911” (p. 223).

Y antes sostienen:

“Evidentemente el sistema político uruguayo no representaba a las clases conservadoras, lo cual no quiere decir que representara a los sectores medios, los inmigrantes o las clases populares. *El sistema político sólo se representaba a sí mismo*” (p. 215).

El subrayado es nuestro.

El razonamiento posterior aumenta progresivamente su carácter contradictorio. En la página 216 afirman que el “Estado no puede desligarse totalmente de los sectores hegemónicos” y enseguida admiten que “esta hipótesis sobre la autonomía del sistema político uruguayo debería ser fundamentada con una investigación histórica más profunda. . .” Hipótesis ahistórica. Sin embargo, en la p. 219 asientan que Batlle fue llevado al poder por los “políticos profesionales”. Al parecer, en esto consiste la “autonomía”, ya que en páginas siguientes caracterizan al Partido Colorado de esta manera:

“Partido de políticos profesionales que vivió del presupuesto —lo que le dio autonomía frente a las clases conservadoras—, votado, en medio del fraude, por otros dependientes del presupuesto, constituyó una fuerza que emanó del Estado, fue ‘el Estado actuando en política militante’, como dijo con cierta libertad de lenguaje *La Democracia* en 1915.

“Ahí radicó su originalidad y también su capacidad para llevar a la Presidencia a un hombre del que las clases conservadoras lo menos que podían decir es que le temían” (p. 231).

Las citas se comentan solas y revelan sus contradicciones. Cabría preguntarse: ¿de dónde salieron los políticos profesionales? ¿Obtuvieron el poder político por “vocación profesional”, como plantean algunos apologistas del “patriciado uruguayo”? O, por el contrario, ¿perteneían muchos de ellos a la vieja oligarquía mercantil-latifundista? ¿Acaso los autores no recuerdan quiénes fueron los enemigos clasistas y políticos consecuentes del artiguismo, y cómo llegaron al poder? Bastaría un solo nombre altamente demostrativo.

En cuanto a la “autonomía presupuestaria” (de alguna manera hay que llamarla), ¿cuál es el origen del Estado? ¿Qué representa? Bastaría, para concretarla a Uruguay, analizar la clasista, censitaria y antiartiguista Constitución de 1830). Y el presupuesto, ¿quién lo permite, y quién lo propugna en sus líneas principales?

Finalmente, citemos una nueva rectificación de los autores, sobre esta “originalidad” uruguayo:

“Batlle ascendió a la Presidencia el 1 de marzo de 1903 siendo un reformista. Ello ocurrió porque los intereses conservadores, nacionales y británicos, no controlaban la vida política uruguayo, lo que hacía un grupo de políticos profesionales. Pero *este* grupo no hubiera elegido jamás a un *revolucionario*.

“La autonomía del sector político también se basaba en un pacto tácito, un acuerdo de caballeros con las clases conservadoras. Mientras el gobierno no pusiera en tela de juicio ciertas premisas del orden social y económico establecido, las clases conservadoras y los intereses extranjeros podrían dejar al equipo dirigente político uruguayo sus pretensiones de independencia” (p. 266).

Una de dos: o unas conclusiones fueron redactadas por Barrán y otras por Nahum o, lo más probable, como en el caso de las “clases conservadoras” y su ideología, el mismo desarrollo de los hechos históricos obliga a los autores a rectificarse (en todo o en parte), como parece sugerirlo el razonamiento final de la página 266.

Solamente un análisis de clase correcto puede llevar a una caracterización acertada del Estado.

En efecto, la interrelación del error “definición de las clases sociales — carácter y definición del Estado” prueba la necesidad del enfoque científico. Mucho más necesario para partes vitales de la obra. ¿Puede acaso explicarse con seriedad y sin dogmatismos la dualidad de poderes con Aparicio Saravia, sin recurrir a tal análisis?

Admitimos que ciertos factores históricos pueden favorecer algunas confusiones: irrupción de la pequeña burguesía, debilidad de la clase burguesa industrial en ascenso (en parte sustituida por el intervencionismo estatal), desarrollo del proletariado (mayoritariamente anarquista, en el país de inmigrantes que fue el Uruguay del 900). Todo lo cual hace que los batllistas se planteen —a través del Estado— la necesidad de conciliar “el capital y el trabajo” (Viera, en 1919), porque “divinizan la contradicción”, como explicaba Marx:

“En una sociedad avanzada, el pequeño burgués se hace necesariamente, en virtud de su posición, socialista de una parte y economista de la otra, es decir, se siente deslumbrado por la magnificencia de la gran burguesía y siente compasión por los dolores del pueblo. . . En su fuero interno se jacta de ser imparcial, de haber encontrado el justo equilibrio, que proclama diferente del término medio. Este pequeño burgués diviniza la contradicción, porque la contradicción es el fondo de su ser. No es más que la contradicción social en acción. Debe justificar teóricamente lo que él mismo es en la práctica.”⁸

Así, “divinizaron” las contradicciones (incluso las antagónicas) algunos ideólogos batllistas de buena fe. Otros utilizaron conscientemente la coyuntura favorable para que se creyera en un Estado por encima de las clases, tan original que modificaba su misma esencia. . .

8. Marx a Annenkov, 28 de diciembre de 1846.

En esa carta a Annenkov, Marx fundamenta las críticas a Proudhon, que desarrollaría al año siguiente en la *Miseria de la Filosofía*. La referencia es muy importante para nosotros, porque habría que profundizar —sin sectarismos ni caracterizaciones simplistas— en el estudio de la importancia de la ideología anarquista en la mayoría de la clase obrera uruguaya y su captación y manejo posterior por parte del batllismo en un proyecto idealista, conciliador, pero transitoriamente viable para ese Uruguay. Barrán y Nahum citan numerosos censos y estudios sobre la clase obrera, hechos por el propio batllismo, lo que ratifica para nosotros una hipótesis esencial: el reformismo “preventivo” del batllismo, notablemente consciente de todas sus consecuencias sociales.

Aquí, una vez más, es imprescindible un análisis de toda la formación económico-social uruguaya del 900, para establecer las relaciones entre batllismo y clase obrera. Y, por supuesto, de toda la supraestructura, incluyendo las formas de conciencia social, en un estudio dialéctico que tenga muy en cuenta las características socioeconómicas del proletariado, respecto de las cuales los autores han desarrollado un esfuerzo destacable.

Por otra parte, los mismos autores llegan a conclusiones acertadas, destacando el proceso “autoconsciente”, para emplear sus palabras. Por ejemplo, después de plantearnos el “afrancesamiento”, la “fineza de trato” y otros caracteres culturales de las “clases altas”, sostienen:

“Ello no evitaba la dureza y el olvido de los buenos modales, cuando se ponían en tela de juicio sus intereses básicos” (p. 211).

La “tozudez de los hechos históricos” los lleva a diferenciar “clase en sí” de “clase para sí”. Porque, además, las clases dominantes añejaron una vieja conciencia “para sí”.

En efecto, cuando se enfrentaron al artiguismo en 1815, fueron capaces de sostener que “Artigas es el primero que sabe sacar provecho de las clases bajas, para esclavizar a las superiores” (C.M. de Alvear) y de organizar la invasión portuguesa de 1816 para “garantizar el derecho de propiedad” amenazado por el “anarquismo disolvente del artiguismo”. ¿Nos puede extrañar, acaso, que quienes elaboraron esta precoz “autoconciencia” sean capaces, un siglo después, de organizar al Estado y, con Batlle y Ordóñez, modernizar sabiamente al país, a la par que —con lúcido criterio preventivo, dado el avance popular— evitar el ascenso como “clase para sí” y la explosión consiguiente de los herederos del artiguismo: la naciente clase obrera uruguaya y las masas campesinas de tan importantes manifestaciones?

La habilidad estuvo en aprovechar una coyuntura nacional e internacional favorable y, como dirían los gauchos orientales, “salirle al paso para tomar al toro por las guampas”. Sabio reformismo que duró, con esas condiciones favorables, medio siglo e inauguró el mito de la “Suiza de América”.

ALGO MAS SOBRE LA COYUNTURA INTERNACIONAL

Este reformismo tuvo tales limitaciones estructurales (latifundio, banca y comercio exterior) que era inevitable su frustración posterior. Para algunos autores es una “profundi-

zación del subdesarrollo”. En términos de Gunder Frank, e ironizando con la sociología subdesarrollante, sería el “desarrollo del subdesarrollo”. Todo esto, incluso, aunque el propio Batlle no lo hubiera querido. Pero las estructuras lo determinaban.

Es meridianamente clara la interrelación de las limitaciones reformistas internas y las concesiones en política exterior (para ilustrarlo con un ejemplo contrario: Lázaro Cárdenas continuó la tradición agrarista de 1910 e hizo una valiente defensa nacional de México frente al exterior).

Aunque esperamos los tomos siguientes, las precisiones principales, creemos, hubieran sido necesarias en este primer tomo, el del “escenario”.

Creemos, contrariamente a lo que plantean los autores, que el batllismo supo adaptarse a la sustitución de la hegemonía inglesa por la yanqui. Más todavía, manejó con habilidad esta contradicción interimperialista para sacar sus ventajas, aunque lamentablemente, dadas sus debilidades burguesas, no logró estructurar una economía nacional sólida. De ahí sus limitaciones frente a Estados Unidos. Admitió de hecho algunas intervenciones en el Caribe. Condenó las protestas que los estudiantes realizaron con ese motivo y en algunos artículos en su vocero, *El Día*, justificó a los *marines*:

“Cuando una nación incurre en desvaríos internos es un derecho legítimo, que deben aplicarlo con urgencia sus vecinos, intervenir por las armas y llevar la tranquilidad a ese hogar convulsionado por la anarquía.”

Creemos que los autores omiten aspectos centrales. El batllismo aprovechó los elementos modernizadores de Estados Unidos (que “modernizan” el subdesarrollo, por supuesto) como ofertas clave a los estancieros. Así pudo demostrarles que no sólo no tocaba el latifundio, sino que los insertaba en las “mejores condiciones” de la división internacional del trabajo. Aunque los autores señalan que en los frigoríficos (esenciales para la transformación económica) “los norteamericanos habían vencido ya a los británicos” (p. 203), no plantean las condiciones inevitables y fundamentales que se derivan de ello: la modernización de la producción ganadera caía de lleno bajo la sombra protectora de Estados Unidos (que por algo se apresuró a desplazar a los británicos), santificada por la paz ofrecida por el enemigo colorado que había peleado contra Aparicio Saravia. Fue la ratificación política del “entrelazamiento” de las clases dominantes.

Por eso el proceso de industrialización iniciado por el batllismo se realizó dentro de lo permitido e, incluso, en algunos rubros, de acuerdo con las necesidades de los centros capitalistas, en el contexto de la primera guerra, como hemos indicado.

Batlle se opuso a la hegemonía británica y también a la alemana (minoritaria pero destacable en el comercio mayorista, en parte de los tranvías de la capital y en actividades bancarias). Y su defensa nacional hubiera dejado sus frutos. Pero —lamentablemente, reiterémoslo— su opción fue

“panamericanista”. La penetración norteamericana fue muy notoria desde los inicios y no solamente en los frigoríficos. Así, las compañías petroleras Standard Oil (1911), West India Oil Co., Atlantic Barrere y la Texas Co. comenzaron sus operaciones en Uruguay hacia 1929-1932, la Lone Star Cement Portland, S.A., también inició sus actividades en esa época. Por otra parte, el Banco Mercantil comenzó en 1915 y la penetración fue más precoz en la vital industria frigorífica: en 1911 se instaló la Swift. En la etapa de 1911 a 1927 los yanquis avanzaron: de 41.35% de las exportaciones pasa-

ron a 60.90%, mientras que la participación británica descendió de 40.15 a 25.20 por ciento. Con los gobiernos batllistas se intensificó la compra de maquinarias y materias primas a Estados Unidos.

Esperamos que los autores, que manejan tanta y tan buena información, y cuya inteligencia logra algunas conclusiones que todos aceptamos, profundicen en el análisis de las consecuencias de la totalidad de la política batllista en Uruguay. *Miguel Abdala.*

obras recibidas

- Jean Pierre Angelier
La renta petrolera, trad. del francés de Fabienne Bradu y Diana Galak, Terra Nova, México, 1980, 206 páginas.
- Alejandro Angulo Novoa, Eduardo Arévalo Burgos y otros
Salud pública, ¿para quién?, serie Controversia, núm. 85, Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), Bogotá, 1980, 115 páginas.
- Banco Mundial
Informe sobre el desarrollo mundial, 1980, Washington, 1980, VIII + 189 páginas.
- World Development Report, 1980*, Washington, 1980, VIII + 166 páginas.
- A. René Barbosa-Ramírez
Empleo, desempleo y subempleo en el sector agropecuario. (Los Tuxtles y las huastecas potosinas), Centro de Investigaciones Agrarias, México, 1979, 333 páginas.
- Julio Barreiro
Los molinos de la ira. Pronóstico sobre la situación en América Latina, Siglo XXI Editores, México, 1980, 266 páginas.
- Jairo Cañola Crespo
Economía monetaria y sistema financiero en Colombia, Banco Industrial Colombiano, Medellín, 1980, 295 páginas.
- Donald Castillo Rivas
Acumulación de capital y empresas transnacionales en Centroamérica, Siglo XXI Editores, México, 1980, 277 páginas.
- Centre on Transnational Corporations
The Activities of Transnational Corporations in the Industrial, Mining and Military Sectors of Southern Africa, ONU, Nueva York, 1980, VI + 79 páginas.
- Centro de Investigaciones Agrarias
El cultivo del maíz en México, México, 1980, 148 páginas.
- Centro Nacional de Investigaciones Agrarias
Conferencia Mundial sobre Reforma Agraria y Desarrollo Rural, México, 1980, 219 páginas.
- Comisión Económica para América Latina
Cuba: estilo de desarrollo y políticas sociales, Siglo XXI Editores, México, 1980, 195 páginas.
- Gilles Deleuze y Félix Guattari
Política y psicoanálisis, trad. del francés de Raymundo Mier, Terra Nova, México, 1980, 75 páginas.
- S. Eckstein, J.L. Zaragoza, S. Ordoño y C. Botey
Los factores de la organización campesina, Centro de Investigaciones Agrarias-Universidad de Bar-Ilan (Israel), México, 1979, 288 páginas.
- Escuela Graduada de Planificación, Universidad de Puerto Rico
Plerus, vol. VII, núms. 1 y 2, junio-diciembre, 1973, x + 148 págs.; vol. VIII, núms. 1 y 2, junio-diciembre, 1974, x + 136 págs.; vol. IX, núms. 1 y 2, junio-diciembre de 1975, x + 158 págs.; vol. X, núm. 1, junio, 1976, x + 122 págs.; núm. 2, diciembre, 1976, x + 96 págs.; vol. XII, núms. 1 y 2, junio-diciembre, 1978, x + 250 págs., Recinto de Río Piedras, Río Piedras, Puerto Rico.
- Facultad de Ciencias Económicas, Departamento de Economía
Temas Económicos (a partir del núm. siguiente se llamará *Lecturas de Economía*), vol. I, núm. 1, Universidad de Antioquía, Medellín, enero-abril de 1980, 187 páginas.
- Raúl A. Fernández
La frontera México-Estados Unidos. Un estudio socioeconómico, trad. del inglés de Rosa Goldman, Terra Nova, México, 1980, 177 páginas.

- Fondo de Cultura Económica
Libro conmemorativo del 45 aniversario, México, 1980, 214 páginas.
- Alexander C. Hoagland Jr.
Company Formation in Mexico, 10 folletos, Lloyds Bank International, Londres, 1980, 321 páginas.
- Enrique Z. Leff Z. (coord.)
Teoría del valor, UNAM, México, 1980, 212 páginas.
- Raúl Alberto Leis
La ciudad y los pobres. Las clases sociales en la ciudad transicista, Centro de Estudios y Acción Social, Panamá, 1979, 196 páginas.
- Nora Lustig (comp.)
Panorama y perspectivas de la economía mexicana (memoria del Coloquio sobre Economía Mexicana), El Colegio de México, México, 1980, x + 609 páginas.
- Alfredo Molano
Amnistía y violencia, Serie Controversia, núm. 86-87, CINEP, Bogotá, 1980, 175 páginas.
- David Morawetz
Why the Emperor's New Clothes are not Made in Colombia, Working Paper núm. 368, Banco Mundial, Washington, 1980, x + 238 páginas.
- Oficina de Asesores del C. Presidente de la República
Encuesta sobre la actividad económica empresarial 1979, México, 1980, 126 páginas.
- Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial
Audio-visual Techniques for Industry, Development and Transfer of Technology Series, núm. 6, Viena, 1978, x + 84 páginas.
- La fabricación de vehículos económicos en los países en desarrollo*, serie Desarrollo y transferencia de tecnología, núm. 3, Viena, 1978, viii + 34 páginas.
- Monographs on Appropriate Industrial Technology:
Núm. 1: *Conceptual and Policy Framework for Appropriate Industrial Technology*, Viena, 1979, xii + 144 páginas.
- Núm. 2: *Appropriate Industrial Technology for Low-Cost Transport for Rural Areas*, Viena, xiv + 54 páginas.
- Núm. 3: *Appropriate Industrial Technology for Paper Products and Small Pulp Mills*, Viena, 1979, xiv + 149 páginas.
- Núm. 4: *Appropriate Industrial Technology for Agricultural Machinery and Implements*, Viena, 1979, xiv + 159 páginas.
- Núm. 5: *Appropriate Industrial Technology for Energy for Rural Requirements*, Viena, 1979, xiv + 169 páginas.
- Núm. 6: *Appropriate Industrial Technology for Textiles*, Viena, 1979, xiv + 87 páginas.
- Núm. 7: *Appropriate Industrial Technology for Food Storage and Processing*, Viena, 1980, xiv + 120 páginas.
- Núm. 8: *Appropriate Industrial Technology for Sugar*, Viena, 1980, xiv + 88 páginas.
- Núm. 9: *Appropriate Industrial Technology for Oils and Fats*, Viena, 1980, xiv + 80 páginas.
- Núm. 11: *Appropriate Industrial Technology for Light Industries and Rural Workshops*, Viena, 1980, xiv + 155 páginas.
- Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial
Technology for Solar Energy Utilization, Development and Transfer of Technology Series, núm. 5, Viena, 1978, x + 155 páginas.
- Pierre-Philippe Rey, Emile Le Bris y Michel Samuel
El proceso de proletarianización de los campesinos, trad. del francés de Marta Pou y Danielle Saslavsky, Terra Nova, México, 1980, 221 páginas.
- SPP-SARH
Características del sector agropecuario en México, Coordinación General de los Servicios Nacionales de Estadística, Geografía e Informática, SPP, y Dirección General de Economía Agrícola, SARH, México, 1980, 101 páginas.
- Sergio Spoerer
América Latina. Los desafíos del tiempo fecundo, Siglo XXI Editores, México, 1980, 151 páginas.
- Oswaldo Sunkel, Edmundo Fuenzalida, Fernando H. Cardoso, Carlos Fortún, Dudley Seers y otros
Transnacionalización y dependencia, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1980, 425 páginas.
- Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa
Iztapalapa, revista de ciencias sociales y humanidades, núm. 1, México, s.f., 248 páginas. □